



GAMALIEL FIGÓN

No se quita el velo para ver lo real.

*Se quita el velo para ver
lo real del velo velando.*

Mario Montalbetti

Hoy salí a andar en bici luego de un rato de no hacerlo. En la cuarentena se volvió un hábito. Mi hermana y yo nos hicimos de la costumbre de ir cada noche a pasear. Poco a poco le agarramos confianza a las calles y perdimos el miedo al ruido de los carros a los lados.

Esta vez fui solo y sin lentes. Los rompí hace poco y mi economía de recién egresado no me permite comprar otros. Iba emocionado porque justo había terminado de ver el documental *Los espigadores y la espigadora* (2000) en el que Agnès Varda recorre Francia investigando sobre los pizcadores, recolectores y pepenadores. Comienza en el campo, donde la maquinaria automática de la agricultura da pie al desperdicio. Un tomate cae momentos antes de que el tractor pase y, entonces, se salva de ser llevado al supermercado. Será un tomate

que se pudrirá y se unirá a la tierra a menos de que alguien lo recoja con la mano. Los espigadores visitan los campos recién cosechados a agarrar lo que no vio el ojo mecánico. Después, Agnès va a la ciudad y platica con las personas sin hogar, con acumuladores y con un maestro, voluntario de un lugar para inmigrantes, que come perejil de la basura. “Siempre habrá merma”, me decían seguido cuando trabajé en una cafetería, pero la acumulábamos en los contenedores.

Agnès se asume como espigadora y dice: “En sentido figurado, espigar es una actividad mental. Espigar hechos, actos, hazañas, informaciones. Y como no tengo buena memoria, lo que espigo resume mis viajes”. Yo, que si veo una peli de artes marciales salgo de la sala dando golpes al aire, salí en bici asumiéndome también como un espigador. Uno miope.

La noche en mi colonia se me apareció como una combinación extraña de sombras, colores y luces que se movían. En una parte del documental, Louis Pons, un artista que hace sus obras a partir de la basura, dice que él no ve un parabrisas, sino una línea que descansa horizontalmente. Desde la bici, vi un cubo hecho con aristas de luces amarillas y azules que resultó ser un tráiler tuneado. Una línea de sombra acostada en el pavimento fue un tope. Dos puntos blancos que se acercaban se convirtieron en un carro. Debido a la miopía, mi proceso era opuesto al del artista: a partir de figuras simples, debía terminar de imaginar los objetos. A veces fallaba. De pronto veía de reojo el reflejo de la luz sobre un cristal y se me aparecía como algo real, como un carro que pasaba sin hacer ruido y me rebasaba o corría hacia mí. Me asustaba.

La miopía, no poder ver de lejos, es un problema de salud de nuestros tiempos y de mi generación. Quizá esto sea también la metáfora de algo más: nos aferramos (y los tiempos nos obligan a estarlo) a una pantalla de luz que nos quema los ojos para no ver más allá. Yo todavía tuve una infancia sin computadoras, en la que nos poníamos mi hermana y yo a dibujar cerca de la mosquitera para que nos llegara mejor la claridad del sol. Pero a los ocho años, una computadora pesada llegó a la casa, y mi modo de pasar los días cambió para siempre. Ahora, la forma de vida actual nos impone la pantalla como el medio para casi todo: el entretenimiento y el contacto con los amigos, buscar trabajo y trabajar, procrastinar y perder la noción del tiempo, discutir y reconciliarnos. La sentencia común es condenar esta omnipresencia de lo digital, pero también está la parte de nosotros que dejamos impregnada en las pantallas. Porque ahí también *somos*.

Mi amiga Yosbeli escribió en uno de sus textos que no hay lugar más íntimo que el escritorio virtual de la computadora personal. El

orden, el desorden, los juegos y los blocs de notas pueden decir más de la vida de su dueño que su dormitorio. A mí me gusta cuando en las canciones se menciona el uso del celular como una parte entrañable de la vida. Por eso, en “*Get better*” de alt-J, mis líneas favoritas son cuando un hombre recuerda a su esposa fallecida: *I still pretend / you’re only out of sight in another room / smiling at your phone*. O cuando María Luisa Puga, en el libro, *Diario del dolor*, ve en su computadora un refugio para escribir en sus días de enfermedad. Es el consuelo que encuentra un hombre viudo y una escritora afectada por su mal.

Me doy cuenta de que mi propio carácter borroso me inclina a ver en la escala de grises casi siempre para el lado luminoso. A veces, resulta bien, y otras, parece que niego lo grave de cada situación. El mundo que habito es la pantalla que quema mis ojos en silencio. Y a pesar del cansancio de estas pupilas negras, quiero encontrar algo. Al principio, deseé que la bici fuera el refugio. Apagar la mente. Dejar de pensar como cuando duermo o me abstraigo en un trabajo manual y el tiempo pasa rápido. Pero, esta vez, no pude y preferí concentrarme en las luces y el viento fresco porque, por fin, llegó la lluvia.

Quiero creerle a los que dicen que escribir en realidad se trata de afinar la mirada, sensibilizarla, como Agnès que ve las arrugas de sus manos y se descubre como un animal que no conoce y que tiene la muerte ya cerca. “Entrar en su horror me parece extraordinario”, dice su voz en *off*. Por eso, intento SER en esta miopía, encontrar algo de sentido a salir en bici sin lentes en una zona llena de carros y tráilers. Será por la diversión de absorber la personalidad del protagonista de una peli y dar patadas al aire; o por lo menos, para negar un rato la gravedad de todo esto: el desempleo y un futuro nebuloso en un mundo todavía más borroso.